



FACULTAD DE EDUCACIÓN DE PALENCIA
UNIVERSIDAD DE VALLADOLID

*DE LA EXCLUSIÓN SOCIAL A LA UTOPIA:
ENRIQUE DE CASTRO*

TRABAJO FIN DE GRADO
EDUCACIÓN SOCIAL

AUTOR/A: Débora Pisador Pastor

TUTOR/A: José Luis Hernández Huerta

Palencia.



Mucha gente pequeña,
en lugares pequeños,
haciendo cosas pequeñas
pueden cambiar el mundo.

(Eduardo Galeano)

Lo contrario del amor
no es el odio,
sino el miedo.

(Enrique de Castro)

RESUMEN

La siguiente investigación recoge un viaje en el tiempo sobre la figura de Enrique de Castro como párroco y educador de calle en el barrio de Entrevías en Madrid a partir de la década de los 80. Se trata de resaltar la importancia de la Educación de Calle a través de un modelo de actuación socio-educativa y una forma de vida concreta. Con el propósito de dar visibilidad y reconocimiento a la heroica vida de Enrique de Castro.

PALABRAS CLAVE

Enrique de Castro, Educación Social, Educación de Calle, Exclusión Social, Solidaridad

ABSTRACT

The following research includes a journey through in time about the figure of Enrique de Castro as a pastor and Street Educator in Entrevías, a district of Madrid, from the 80s` on. This is a way of shighligh the importance of the Street Education through a socio-educational role model and a way of life concrete. For the purpose of make more visible and recognition of the heroic life of Enrique de Castro.

KEYWORDS

Enrique de Castro, Social Education, Education of Street, Social Exclusion, Solidarity

ÍNDICE

1-Introducción.....	pág.5
2-Objetivos.....	pág.6
3-Justificación.....	pág.7
4-Vinculación con las competencias del título.....	pág.8
5-La educación de calle.....	pág.9
5.1- Concepto.....	pág.9
5.2- Orígenes de la educación de calle en el panorama social.....	pág.10
5.3- Inicios de la educación de calle en España. La transición.....	pág.11
5.4- La calle como espacio socio-educativo.....	pág.11
6-Enrique de Castro.....	pág.13
6.1- Vida.....	pág.13
6.2- Primer contacto, Parroquia de San Cosme y San Damián.....	pág.14
6.3- Parroquia de San Pablo.....	pág.15
6.4- Parroquia de San Carlos Borromeo, el Pozo.....	pág.17
6.5- La transición.....	pág.19
6.6- Los primeros chavales.....	pág.20
6.7- La llegada de las drogas.....	pág.22
6.8- ¿Ayuda o beneficio?.....	pág.24
6.9- Las primeras Asociaciones de lucha.....	pág.26
6.10- Acogimiento y seguridad.....	pág.27
6.11- Instituciones represivas.....	pág.29
6.12- Los chavales.....	pág.31
6.13- Entrevías. Parroquia, fe y evangelización.....	pág.33
6.14- El intento de cierre.....	pág.38
6.15- Reivindicaciones y libertad.....	pág.41
6.16- Los de antes y los de ahora.....	pág.42
6.17- Emprendiendo iniciativas.....	pág.43
6.18- Actualidad en San Carlos.....	pág.44
7-Conclusiones.....	pág.45
8-Referencias bibliográficas.....	pág.49

1. INTRODUCCIÓN

Los cambios que está sufriendo nuestra sociedad generan nuevos escenarios y nuevas problemáticas de socialización en el colectivo de menores, provocando una amplitud de factores que llevan a aumentar los grupos de riesgo y/o exclusión social. El surgimiento de estas nuevas realidades sociales modifica directamente nuestro entorno, cabiendo destacar la importancia del medio en cualquier proceso de riesgo social y de desadaptación. Uno de los principales lugares donde ocurre esto es en la calle. La calle tiene un potencial educativo muy valioso, pero en ocasiones puede ser utilizado para “des - educar”, siendo olvidado por instituciones sociales, políticas y educativas. La calle tiene un papel fundamental en los proyectos socioeducativos, convirtiéndose en un espacio directo de socialización educativa. Los educadores sociales posibilitan que los menores y jóvenes vivan un proceso de desarrollo, crecimiento y aprendizaje mediante el que construirán su propia identidad social, personal y cultural.

Desde la Educación Social, en concreto desde el papel del educador de calle, es necesario un trabajo dirigido a despertar las mentes, una apertura en la mentalidad de la sociedad, así como una tarea de autoconcienciación y responsabilidad por parte de la misma. Es compromiso de todos, evitar la creación de guetos de exclusión en las grandes ciudades, ya que estos solo lleva al aislamiento y vulnerabilidad de las personas que viven allí, en concreto a los menores quienes no disponen de las condiciones adecuadas para su desarrollo. No hay que separar la violencia, la agresividad y las infracciones penales que brotan desde estos núcleos, y en las que están involucrados centenares de menores, de la carencia de recursos que estos padecen, así como de la falta de lugares para desarrollar adecuadamente su infancia junto con los malos ejemplos con los que conviven y que acaban imitando. Desde niños están en un conflicto permanente con el barrio, con sus padres y su entorno, y acaban delinquiendo porque necesitan demostrar que son alguien. Las carencias y la necesidad de afecto en el origen, la vida sin otro norte que el caos del presente, la seguridad en los colegas y en la fuerza y en el dinero, la calle y la falta de cualquier referencia moral, y, por encima de ellos, utilizándolos el gran negocio de las drogas. Para combatir esta situación el educador de calle apuesta por dotar de más confianza a estos menores, ofreciéndoles alternativas para potenciar su creatividad y demostrarles que son capaces de hacer algo importante. Acercándose a estos adolescentes y jóvenes, ofreciendo posibilidades y

creyendo en ellos, y sobre todos haciendo que ellos crean en sí mismos, en lo que son y pueden llegar a ser. Desde este sentido, la figura del educador es esencial en el medio abierto, ¿Qué harían estos adolescentes y jóvenes sin estas personas?

Muchas son las personas dedicadas a ello y olvidadas a la par. Enrique de Castro, párroco convertido en un auténtico educador de calle, ejemplo de dignidad y entrega verdadera. Conocido, además de por su labor solidaria y una vida al lado de los más desfavorecidos, por las críticas hacia toda institucionalidad. El Estado que apartar a muchos menores de sus padres porque estos carecen de recursos, al recluirllos en centros de internamiento se quedan, en su opinión, sin afecto, alejados de su entorno social lo que les repercute directamente tanto su personalidad como en su futuro próximo.

¿Acaso no van a ser capaces estos chavales, marginados por las instituciones y con carencias al hombro, de encontrar una propia escala de valores en la que se sientan bien consigo mismos dando un sentido a su vida? ¿Acaso no son luchadores desde niños intentando contra todos y contra todo encontrar un motivo para su propia existencia? En fin: “Buscando juntos no la “reinserción”, sino algo que tenga sentido”. (De Castro, 1985, p.144).

2. OBJETIVOS

Objetivo General

- ✓ Fomentar el conocimiento y la importancia de la Educación de Calle a través de la vivencia propia de Enrique de Castro.

Objetivos Específicos

- ✓ Desarrollar un espíritu crítico ante las injusticias presentes en la sociedad, contribuyendo así a la mejora de la imagen de los menores en riesgo y/o exclusión social.
- ✓ Conocer las características principales de la población afectada por los procesos de exclusión social.
- ✓ Identificar las circunstancias y las causas que llevan a la exclusión a los adolescentes y jóvenes.

- ✓ Mostrar un estilo de vida religioso y solidario, rompiendo con la mítica doctrina cristiana.
- ✓ Recoger la intensa vida ejemplar del párroco de Entrevías, Enrique de Castro.

3. JUSTIFICACIÓN

La situación actual en la que nos encontramos nos presenta ante un panorama de exclusión y desigualdad social que venimos arrastrando a lo largo de los años. Son muchos los colectivos afectados por esta situación de emergencia social, en concreto esta investigación se centra en el grupo de adolescentes y jóvenes marginados e incomprensidos por una sociedad frívola y sin remordimientos.

Se parte de la importancia de la educación de calle como metodología de prevención e intervención socioeducativa con niños y jóvenes inadaptados y/o en riesgo, cuya actuación tiene lugar en los ámbitos de socialización a los que no llegan las instituciones, es decir “la calle”, con el fin de atender a sus necesidades, promover su desarrollo personal y su inserción social en coordinación con los recursos e instituciones comunitarias públicas y privadas. La investigación y el análisis social realizados se centran en una experiencia propia de ciudadanos comprometidos con la infancia marginada, me refiero concretamente a Enrique de Castro, el párroco madrileño de Entrevías, comprometido desde hace años en la lucha contra la exclusión social.

Considero que el tema de esta investigación es relevante primeramente porque esta realidad de marginación juvenil existe, aunque queramos cerrar nuestros ojos ante ello. Seguidamente hay que recalcar la importancia de la educación de calle como una “manera de hacer” necesaria en esta sociedad, sin admitir ningún tipo de suplantación. La educación de calle tiene una responsabilidad muy fuerte, ya que el futuro de muchos menores queda en cierta manera en manos del educador, quien se encarga de perseguir utopías “a pie de calle” junto a decenas de jóvenes desfavorecidos. Por ello decidí adentrarme en este trabajo, puesto que me parece esencial ensalzar la labor y el papel que tiene el educador de calle el cual no es lo suficientemente reconocido y valorado en

este país, así como su puesta en práctica es escasa y más concretamente en Castilla y León, comunidad autónoma en la que me encuentro.

Por todo ello me parece ineludible recordar la vida solidaria y ejemplar de Enrique de Castro, cuya tarea heroica se mantiene en silencio, en la oscuridad. Quien fue capaz de ver más allá de la superficialidad junto con su necesidad de implicarse, de contagiarse, de compartir, de ser uno más, hace de su vida un ejemplo que debe de ser conocido y reconocido en nuestra sociedad.

4. VINCULACIÓN CON LAS COMPETENCIAS DEL TÍTULO

Mediante la educación de calle se crean contextos socioeducativos en los que tiene cabida directa el Educador Social. Para generar dichos contextos se necesita primeramente tener unos conocimientos pedagógico-sociales que se adquieren a lo largo de la etapa formativa. A su vez, se van desarrollando competencias instrumentales como son la capacidad de análisis y síntesis, la organización y planificación, la gestión de la información y la resolución de problemas y toma de decisiones, todas ellas necesarias para diseñar programas prevención y/o reinserción socioeducativa.

Como profesional, el Educador Social también debe de poseer unas competencias interpersonales imprescindibles para llevar a cabo una praxis con la máxima eficacia y siempre teniendo en cuenta la ética profesional estas son; la capacidad de crítica y autocrítica para valorar todo lo que el mismo emprende y aquello que está a su alrededor, capacidad para integrarse y comunicarse con expertos de otras áreas y en distintos contextos ya que para conseguir una intervención eficaz se necesita una visión integral del individuo y de su entorno por lo que es necesaria una coordinación interdisciplinar, el reconocimiento y el respeto a la diversidad intercultural transmitiendo a los jóvenes una aceptación total sin ningún tipo de condición, así como no pueden faltar ciertas habilidades interpersonales y el compromiso ético de tal manera que sea capaz de imprimir en los menores valores mediante los que puedan desarrollarse en su integridad convirtiéndose así en un profesional de referencia de este colectivo.

Por último, es importante resaltar la autonomía que tiene el Educador Social en el aprendizaje y en la toma de decisiones respecto a cualquier tipo de exigencias políticas o institucionales que le afecten en cada momento. Como profesional también debe demostrar su capacidad de adaptación ante situaciones nuevas y emplear todas sus destrezas creativas siempre que sea necesario.

Todas estas habilidades y competencias profesionales se despliegan a lo largo del periodo formativo, por lo que es relevante encaminar todo el proceso de una forma gradual e integra ya que así la persona podrá desarrollarse en su plenitud y las posibilidades de trabajo serán mayores gracias al total crecimiento personal.

Cabe destacar Ley 14/2002, de 25 de julio, de Promoción, Atención y Protección a la Infancia en Castilla y León, la cual contempla las tareas que debe de desarrollar el Educador Social como profesional: “el progresivo reconocimiento del papel que los menores desempeñan en la sociedad, la exigencia de un protagonismo de los mismos cada vez mayor, la afirmación de la importancia de promover, desarrollar y garantizar el ejercicio de los derechos que les corresponden, y la sensibilidad y preocupación sociales por dotarles de una protección jurídica suficiente y adecuada, expresan con claridad la necesidad y justificación de una norma entendida como imprescindible”. Una necesidad sentida y reconocida por todos, en la cual el Educador Social está directamente implicado para su cumplimiento.

5. EDUCACIÓN DE CALLE

5.1 CONCEPTO

Cuando se habla de Educación de Calle se está utilizando una terminología que en muchas ocasiones es confusa. Son muchas las definiciones elaboradas para este concepto, quedándose muchas escasas de su totalidad tanto en significado denotativo como connotativo que conlleva la palabra Educación de Calle. Es preciso investigar varias definiciones, recogiendo las características más repetidas, para formular una definición lo más completa posible de la misma.

Teniendo como referencia diferentes descripciones, es oportuno elaborar una definición propia acerca del concepto de Educación de Calle.

Fernández y Castillo (2010) la definieron como: forma de acción pedagógica que parte de un conocimiento y análisis de la realidad, “in situ”, para diseñar y planificar programas de prevención y/ o reinserción socioeducativa. La educación de calle se dirige a sectores vulnerables de nuestra sociedad (menores y jóvenes con dificultades de adaptación, prostitutas, personas sin hogar, inmigrantes...) y a la comunidad en donde viven estas personas. El trabajo se desarrolla en espacios reales de desenvolvimiento vital y cotidiano de las personas. Tiene un carácter a la vez alternativo y complementario de los sistemas institucionalizados. Utiliza como recurso primordial la propia persona del educador en estrecha coordinación con el equipo pedagógico, acompañando y orientando los procesos madurativos y socializadores e integradores, incidiendo en la sociedad para el cambio y transformación de la misma. (p.22).

Por lo tanto, la Educación de Calle supone una intervención educativa en la que se involucran diferentes personas desde diferentes ámbitos de la animación, la educación, el trabajo social... Lo que supone una gran variedad de interés así como de diferentes concepciones, enfoques y formas de entender y de poner en práctica dicha intervención.

5.2 ORÍGENES DE LA EDUCACIÓN DE CALLE EN EL PANORAMA SOCIAL

Los orígenes de la Educación de Calle en el panorama social son muy inciertos. Se trata de poner fecha a un amplio y complicado periodo desconocido, puesto que no existen apenas documentos escritos con información precisa que corroboren esta realidad en el horizonte social. Las sustanciales fuentes de información brotan de relatos y biografías de personas que estuvieron, en su día, trabajando a pie de calle en barrios con una fuerte problemática social en niño/as, adolescentes y jóvenes y otros colectivos desfavorecidos por su vulnerabilidad y situación de marginación.

De cara a situar este trabajo socioeducativo en el tiempo, lo ubicamos en la década de los sesenta como el inicio más organizado de personas y colectivos que se preocupan y

trabajan de manera altruista y voluntaria con jóvenes en dificultad o riesgo social. En un principio trabajando con aquellos chicos que caían en las drogas y otra serie de circunstancias vinculadas al consumo y tráfico de las mismas. Es evidente que, los conceptos de educación de calle o educador de calle, todavía no habían hecho su aparición en el panorama social aunque diferentes personas y grupos trabajaban, sin saberlo, desde esta concepción. (Fernández y Castillo, 2010).

5.3 INICIOS DE LA EDUCACIÓN DE CALLE EN ESPAÑA. LA TRANSICIÓN.

Centrando el punto de partida de la Educación de Calle en España encontramos dos versiones sobre las primeras experiencias que ilustran de formas más precisa los hechos. Por un lado, se afirma que la primera experiencia de Educadores de Calle corrió a cargo del Instituto de Reinserción Social de Barcelona (IRES) entidad privada, que en 1975 inició una experiencia en el barrio del Carmelo por tiempo de tres años. Visto el éxito de la misma extendió el radio de acción de su trabajo a otras zonas de Barcelona. (Oña Cots, 2010).

Por otro lado, se ratifica cronológicamente una segunda experiencia situada en el barrio de Yagüe de Logroño por el movimiento Pioneros (1968), quienes por primera vez se insertan en una labor educativa directa desarrollándose en un contexto marginal, el barrio, al margen de todo tipo de organismo institucional.

En la Comunidad de Madrid el proceso es más lento y complejo. Los inicios datan a finales de los años setenta en los barrios periféricos del sur de la capital, pasando por diferentes etapas, desde el periodo más expansivo donde el educador de calle retomaba un importante papel en el contexto socioeducativo hasta su asimilación por la figura profesional del Educador Social.

5.4 LA CALLE COMO ESPACIO SOCIO-EDUCATIVO

El término “calle” esconde algo más profundo que todos aquellos objetos físicos que pueden percibirse por la vista. Desde el ámbito socio-educativo hay que superar esta

línea invisible para poder visualizar una realidad mucho más compleja, con un lenguaje propio, cargado de símbolos y expresiones con múltiples interpretaciones mediante las que se hace posible el acercamiento a esta realidad. Precisamente esta es una de las principales funciones del educador de calle, conocer en profundidad el entorno en el que se desenvuelven los jóvenes con los que va a convivir. La “calle” es el lugar donde comienza su labor, donde se establecen las primeras relaciones informales con el grupo de jóvenes con el que va a trabajar.

Este espacio abierto ofrece la oportunidad al educador de establecer una relación pedagógica y de convivencia directa con el joven. Compartir experiencias vitales le conduce a un tipo de relación educativa donde toma una fuerza real y creíble las aportaciones y pautas ofrecidas por el educador. La calle nos sitúa en la problemática real en la que viven los jóvenes y personas en desventaja social, acercándonos a las necesidades sentidas y no expresadas de estas personas. Accedemos de una manera directa a los intereses y motivaciones que preocupan a estos sujetos y facilita la comprensión de condicionamientos que causan determinados comportamientos y conductas desviadas. El educador ejerce como modelo de referencia para estas personas cuando fracasan otros modelos adultos, profesionales o instituciones de su entorno más inmediato, dando continuidad a los entornos formales y no formales de aprendizaje. (Fernández y Catillo, 2010).

La pedagogía urbana desarrollada por el educador en el medio abierto recoge varios factores. Primeramente, para que dicha práctica pedagógica sea posible se necesita un contexto de intercambio e interacción en medio abierto, lo que conocemos como la ciudad. Por su parte, mediante la pedagogía urbana se intenta recabar todas las posibilidades educativas que se puedan expresar en la ciudad, para que sea posible la construcción y transformación de una realidad social, siempre desde la práctica y experiencia propia. Asimismo, es esencial tener siempre presentes las necesidades urbanas que se originan en las ciudades, con la pretensión de conjugar correctamente la pedagogía requerida con la realidad de la ciudad, haciendo que sea posible la creación de soluciones innovadoras y creativas a dichas necesidades.

6. ENRIQUE DE CASTRO

6.1 VIDA

Enrique de Castro López Cortijo nace en Madrid el 10 de Febrero de 1943. Licenciado en Filosofía y Teología, fue profesor de bachillerato desde los veintidós hasta los veintinueve años, edad en la que fue ordenado sacerdote (Marzo de 1972) ejerciendo desde entonces en diferentes parroquias del popular barrio de Vallecas en Madrid. Desde este momento, todo su mundo cambio repentinamente al sufrir un choque con la cruda realidad que allí se encontró. Llegado a su primer destino como religioso y prosiguiendo el camino del padre José María de Llanos, se convirtió en un cura obrero iniciando su labor de lucha social en un contexto de marginación, extrema pobreza, delincuencia, explotación juvenil y adulta, carencias afectivas, droga y desestructuración familiar.

Castro no llegó a su ordenación de forma convencional ni empujado por la familia ni la necesidad de comer, si no que fue guiado por su vocación. En esa época estaba de acuerdo con el credo de la Iglesia y por eso optó por ser sacerdote, pero siempre con los ojos abiertos. “Desde joven he pensado que la vocación es para dedicarse a la gente, no a la gente que no lo necesita, y por eso me metí” (Sarrats, 2013, p.53). Desde un primer momento tenía claro que quería ser cura de un barrio obrero, un mundo del que sabía lo que había leído en libros y oído en algunas charlas medio clandestinas sobre el marxismo cristiano, pero del que no era parte.

Enrique, hijo de militar, proveniente de una familia burguesa recibió una educación recta basada en valores conservadores y sólidos, penetra en una realidad desconocida para él donde todos los pilares básicos que sustentaban sus principios, creencias e ideas morales se quebraron en poco tiempo. Su concepción religiosa tradicional desapareció, apostando por un cambio de vida basada en la dedicación a los más necesitados, a los “olvidados” por la sociedad.

De Castro (1977) cuenta lo siguiente: “Mi punto de partida era religioso y mi educación claramente burguesa. Para entendernos, me producía cierto desasosiego la radicalidad de su toma de postura dentro de la lucha de clases que ponía en entredicho mi formación y pertenencia a un mundo manifiestamente

odiado por ellos ideológicamente. Burgueses, explotadores, militares, fachas, enemigos suyos institucionales, iban apareciendo ante mí como lo que había sido mi marco de vida hasta ese momento (...). Sin embargo no me iba a costar demasiado entender y asumir la nueva vida que se abría ante mí por la riqueza de valores humanos en aquellas relaciones, en el compromiso laboral y social y en la dedicación a la gente del barrio, todo ello unido a mi descubrimiento anterior de que la fe no se podía reducir a un conjunto de creencias y prácticas religiosas”. (p.36)

6.2 PRIMER CONTACTO, PARROQUIA DE SAN COSME Y SAN DAMIÁN

En plena agonía del régimen franquista y en un punto máximo del auge del movimiento obrero, Enrique de Castro se instala en la parroquia de San Cosme y San Damián del Alto del Arenal, en Vallecas.

Su primer contacto en el barrio fue con Fernando, recién estrenado párroco tres meses antes de su llegada. Hombre curtido, de extracción obrera, no se distinguía de los vecinos del barrio ni en maneras, ni en léxico, ni en forma de vida. Crítico dentro de la Iglesia, participaba en las reuniones clandestinas de los curas. Fernando supuso en Enrique el motor para construir su propio cambio.

Tras la primera toma de contacto con la parroquia y el barrio, empezaron a tomar algunas decisiones que irían marcando el rumbo posterior. Desde entonces, Enrique ha trabajado de taxista y de pintor de brocha gorda suprimiendo el pago de tasas por los servicios religiosos o cualquier tipo de remuneración proveniente de la parroquia. Así, comenzó a compatibilizar las horas de trabajo con la atención a la parroquia y al barrio. “El trabajo supuso en nosotros una especie de liberación, (...) además de independiente económicamente, te sentías a la vez en igualdad con respecto la gente del barrio. (...) Íbamos saliendo de la esfera de lo religioso y del templo para entrar de lleno en la de la problemática humana” (De Castro, 1997, p44-45).

Sus primeros contactos con el barrio se inclinaron más hacia tareas educativas: despertar a la gente, toma de conciencia, analizar críticamente a todos los niveles la realidad que

les rodeaba, la búsqueda de decisiones libres e intento de alternativas de esperanza. Para ello se optó por realizar un cambio en la distribución de la parroquia, posicionando el altar en el centro y los bancos alrededor de él. Se pretendía crear un clima de dialogo igualitario, donde nadie estuviera por encima de nadie. La parroquia era el lugar de encuentro donde todo el mundo tiene cabida, sea cual sea su origen e ideología, y en el que el denominador común debía de ser la solidaridad.

Tras sus primeros años, fue cambiando su concepción y el sentido sobre la fe y el evangelio que él conocía. Planteó la Teología de la Liberación, oculta por los más poderosos, donde la fe es un descubrimiento y una apuesta. Descubrimiento de algo más valioso que lo que has conocido hasta ahora, el contacto y la ayuda directa a nuestros iguales. La palabra evangelio significa “buena noticia”, la buena noticia a los pobres, que en presos y oprimidos se traduce en libertad. Y todo esto solo se puede expresar en hechos, la realidad cobra sentido en el propio vivir y hacer. La experiencia hace mella en Enrique de Castro, gracias a la cual logra interpretar la concepción de Dios y del hombre que el Evangelio trasmite. “En aquella época yo pensaba como lo hacia la Iglesia y, por que pensaba así me hice cura. Pero luego llegué a Vallecas, vi lo que hay, y descubrí en el Evangelio claves que al vivirlas pensé: ¡ya lo entiendo!” (Martín González, 2006, p.52).

Tras una vida entregada a la lucha contra las injusticias cometidas hacia los jóvenes marginados, Enrique de Castro ha sido apodado con diferentes calificativos a lo largo de su trayectoria. Primero le llamaron “niño de Serrano”, después “cura protestante”, más tarde el “cura de los manguis” o “cura de los pobres de Madrid” y ahora es más conocido en los medios bajo el apelativo de “cura rojo”.

6.3 PARROQUIA DE SAN PABLO

En el 79 queda una vacante en el barrio de Palomeras Altas y llega hasta Enrique un ofrecimiento para ocupar ese vacío tan necesario. Enrique aceptó y optó por seguir allí con el mismo planteamiento que en la parroquia anterior: altar en medio del templo, bancos que se miran, misas participativas y mucha gente, aunque la segunda experiencia no fue tan bien acogida como la primera. Al principio incluso le llegaron amenazas anónimas y soportó protestas públicas contra la nueva manera de hacer, si bien con el

tiempo llegó la calma. Con la calma llegó también la mayor sacudida en la vida de Enrique de Castro: en San Pablo llegaron los chavales con problemas y eso le cambió definitivamente la vida (Sarrats, 2013).

Enrique de Castro, situado en un ambiente pobre, enfrentándose en el día a día a situaciones complicadas con personas sin recursos pero con ganas e ilusión por un cambio. Compartiendo con chavales la dureza de la vida que les había tocado vivir y superando las primeras dificultades juntos. Enrique apuesta por una vida al lado de los más excluidos. La parroquia se iba convirtiendo en un lugar necesario para este sector de juventud marginada, iban pasando unos y otros. Las familias también se acercaban a la parroquia a pedir ayuda; la incomunicación familiar, la educación a base de tópicos, la inadaptación del medio rural al medio urbano, culpabilizar al hijo de los problemas familiares o de la enfermedad de la madre, abandonos por parte de los progenitores, malos tratos, absentismo o fracaso escolar, paro, falta de cultura, el aburrimiento de las escuelas, la escasez de medios, de expectativas... Un sinfín de problemas sociales que se habían de, primeramente entender, y seguidamente superar. Todo ello a pie de calle, con escasas ayudas, pero siempre unidos sostenidos por la ayuda mutua, el amor y la utopía.

Todas las actuaciones de Enrique estaban encaminadas a la ayuda directa a los rechazados por la sociedad, y a la lucha contra la opresión que aislaba a tanta y tanta gente. Esta labor de lucha social era algo que no agradaba a todo el mundo, sobre todo a la doctrina tradicional de la Iglesia. Ya entonces se cuestionaba fuertemente la actuación de Enrique, poniéndose en entredicho que qué le daban a cambio por proteger a los delincuentes. En su parroquia había tensión, entre los compañeros de la zona también. Para muchos, eso no conducía a ninguna parte, no entendían ni respetaban la labor que llevaba a cabo Enrique. Todo esto producía angustia y malestar; y la presencia de los chavales en la parroquia, miedo. Enrique comenzaba a no encontrar eco, a sentirse solo y esto produjo en él una difícil lucha interna. “Si evangelizar es dar la buena noticia, si los primeros destinatarios son los pobres y los marginados, las comunidades parroquiales tendrán que ser ante todo centros de esperanza, de acogida, para aquellos que están ahí mismo, a las puertas, también los chavales. (...)Y evangelizar no es hacerlos cristianos. Eso es una opción, no una imposición”. (De Castro, 1986, p.60).

Ante la situación en la que estaba envuelto, de soledad e incompreensión, a finales del 81 Enrique de Castro decidió apartarse por un tiempo y dejar paso a la reflexión. “En aquel momento, entendí que debía de dejar la parroquia, pero no por los chavales, sino por los compañeros y la comunidad” (De castro, 1986, p.61). Tras cuatro meses sin ejercer, el obispo Alberto Iniesta le reclama para que se encargue de la parroquia de San Carlos, a lo que él aceptó. Comienza así una nueva etapa de su vida.

6.4 PARROQUIA DE SAN CARLOS BORROMEIO, EL POZO

De esta manera nos situamos en el madrileño barrio del Pozo del Tío Raimundo, “el Pozo”, localizado en un margen de la avenida de Entrevías, con una historia caracterizada por la lucha incesante de sus vecinos para lograr un cambio y renovación del mismo. En los años 20, momento en el que aparece la primera “vivienda” en los terrenos que formaran el barrio, esta área de Madrid se encontraba totalmente cubierta por campos de cultivo. Diez años más tarde, España era un país arruinado. El periodo de la posguerra fue muy duro para gran parte de la población rural española, el hambre y la necesidad extrema eran una realidad cotidiana que provocó que numerosas familias se vieran obligadas a abandonar sus hogares en busca de un lugar mejor en las grandes ciudades, de un empleo y una situación más digna, para poder superar la miseria y el hambre. Es por esto que, tras la Guerra Civil Española, comienza la ocupación masiva de las tierras del Pozo del Tío Raimundo que pasaran de ser agrícolas a ser una aglomeración de construcciones ilegales hacia 1960.

En los años 50, el Pozo del Tío Raimundo estaba plagado de chabolas, era un espacio receptor de cientos de emigrantes que llegaban del sur de la península; andaluces, extremeños y manchegos. El Pozo se convirtió en un espacio colectivo de intereses comunes, donde se había creado un fuerte sentimiento de unidad y solidaridad entre los pobladores del barrio que se reflejaba en las actividades de la vida cotidiana. Al mismo tiempo comenzaron a aparecer los problemas; a las trabas impuestas por los propietarios de los terrenos se unen las de los guardias civiles que intentaban detener la construcción de las chabolas. La oscuridad así se convirtió en el mejor aliado de los pobladores, llegando a construir dos mil chabolas de la noche al día. Hasta 1979, no comienzan a construirse las primeras viviendas de promoción pública.

A pesar de la presente dictadura, liderada por el Jefe de Estado Francisco Franco, mediante la que estaban impuestas una serie de restricciones como la ausencia del sufragio universal y la constitución, la prohibición de partidos políticos, la concentración de poder, el impedimento de asociación y reunión y el absoluto control de la información; el barrio iba cogiendo fuerza a la sombra de la realidad. En este momento, España estaba dividida en dos; la España fascista y la España revolucionaria obrera.

En el año 1955, llega al pozo José María de Llanos Pastor, conocido como el padre Llanos, uno de los denominados “curas obreros” más conocidos. A mediados de la década de 1950 el régimen franquista le encomendó la labor de evangelizar los barrios obreros del sur de Madrid, con el objetivo de frenar la creciente oposición estudiantil amparada por el Partido Comunista. Inició su labor en el Pozo del Tío Raimundo en la Nochebuena de 1955 y poco después se instaló en el barrio. Desarrolló una intensa labor social y luchó por los derechos de los trabajadores, enfrentándose incluso a las autoridades y negándose a recibir a Francisco Franco en el Pozo. A partir de la llegada del padre Llanos el barrio fue consolidándose con más intensidad. Año tras año, la gente fue apoderándose del barrio, convirtiéndose en sujetos del mismo. A pesar de no existir espacios públicos habilitados y estar rodeados de infraestructuras pobres, la población del barrio se iba uniendo y tomando conciencia. Los vecinos se reunían en las calles y estas quedaban convertidas en lugares de socialización y reunión; se sacaban sillas a las puertas de las casas para crear corrillos de conversación por las tardes y, en caso de que el tiempo no acompañara, el lugar de tertulias se trasladaba al interior de las viviendas, cuyas puertas siempre se encontraban abiertas. La grave situación inicial, común a la gran mayoría de los habitantes del barrio, crea un gran sentimiento de solidaridad entre los vecinos. Este sentimiento marcará el carácter del barrio y será gracias a él que la lucha obrera se instaure en el Pozo del Tío Raimundo. (López de Munain, 2013, p.99-110).

Personas como el padre Llanos, educadas en el nacionalcatolicismo que desarrollaron una conciencia social crítica y llevaron a cabo una gran labor comunitaria, rebelándose ante los abusos del régimen y posicionándose al lado del obrero para luchar por la

justicia y la libertad, hicieron posible el cambio. Todas estas personas valientes y heroínas, conocidas y tachadas bajo el seudónimo de los “curas rojos” se han mantenido siempre y se mantienen olvidadas a la sombra de la sociedad.

Enrique de Castro mantuvo una relación muy estrecha con el padre Llanos, a partir de que este se fuera a vivir al pozo en el año 81. Antes solo se conocían de algunos encuentros en Vallecas. Por aquel entonces, conoció a un padre Llanos con unos sesenta y pico años de edad y de experiencia a la espalda. “He conocido a un padre Llanos mayor que era un encanto de tío, con todas sus peculiaridades y no bien tratado por los Jesuitas (él era Jesuita), porque ya parecía que estorbaba. (...) Con voz pero sin voto, muy querido por toda la gente de izquierdas por ser tan luchador. Lucho mucho en y por el Pozo, y este barrio era del Partido Comunista”. (Martín González, 2006, p.49).

Cabe mencionar también a Alberto Iniesta, Obispo de Vallecas en aquel entonces. “Era uno de los obispos más significativos por la libertad de sus gestos y palabras, austero y místico, poeta y profeta, cercano y amigo, respetado y odiado hasta el punto de que intentaron eliminarlo”. (De Castro, 1985, p.104). Respetó en todo momento la unidad episcopal así como la cantidad de interpretaciones y tendencias distintas dentro de la propia iglesia vallecana, alejado siempre de cualquier tipo de imposición. Su enfermedad le alejó de Vallecas, pero su huella en dicho barrio permanece.

6.5 LA TRANSICIÓN

Tras la muerte de Franco comienza el cambio de régimen, unos años marcados por el quehacer de una sociedad esperanzada en una transformación hacia la liberación. Se instaura la constitución, la democracia parlamentaria, se legalizan los partidos políticos y con ellos las elecciones generales. Los cinco años siguientes a la caída de la dictadura supusieron un gran paso para España, fue resurgiendo la fuerza de la calle que se había ido gestando y que empezaba a tener importancia gracias al ánimo y esfuerzo de la gente por participar en la esfera pública. Pero junto a tanta liberación llega la colisión de los barrios. Los líderes de los barrios y del movimiento obrero iniciaron la marcha a las aéreas de poder y, los barrios y el movimiento obrero fueron quedando indiferentes ante estos, al margen de toda esa realidad. Una vez más se hace evidente la necesidad de aspiraciones, reivindicaciones y movilización por parte de las bases y, una vez que estas

se dan y se confirma la revolución o el cambio, no solo se olvidan de ellas si no que prefieren que estén calladitas de nuevo. (De Castro, 1985). Aquí comienza el cambio hacia la libertad cultural e ideológica para unos pocos, mientras el resto queda en la oscuridad y en el olvido bajo el refugio de las drogas. Es así como, a partir de los ochenta, los niños y los jóvenes empezaron a ser intoxicados por la heroína, primero, y la cocaína y demás drogas, después. Muchos de ellos fueron atrapados por la muerte.

6.6 LOS PRIMEROS CHA VALES

Empiezan a aparecer los primeros chavales con problemas y carencias de todo tipo. El campo de Enrique de Castro, al principio y fundamentalmente, fue el de los niños y, a través de ellos, el de sus familias. Pronto descubrió que si hay un centro de interés capaz de arrastrar a la reflexión a los adultos del barrio, éste es la problemática de sus hijos: cómo entenderles, acercarse a ellos, responder a sus interrogantes en un mundo tan distinto al que ellos, los padres, vivieron. Poco a poco se fue formando una comunidad de barrio en torno a la parroquia, donde se inicia el trabajo con los chavales. Se trataba de estar con ellos en su ambiente, partir de ellos, de sus centros de interés: actividades de barrio, juegos, salidas al campo, campamentos, fiestas a su aire... Reuniones donde se trataba de descubrir, valorar, tener una postura crítica ante la familia, el colegio, barrio, etc. Se suprimen los esquemas de educación tradicionales, ya que no tenían utilidad ni resultado en los chavales, creándose nuevas formas de educación partiendo de ellos y sus necesidades.

Desde la acogida en la parroquia y la decisión de vivir con los chavales comienza para Enrique una nueva vida, convirtiéndose así en educador de barrio, de calle. Entregado a los chavales en cuerpo y alma, sin más preparación pedagógica que la que dicta el sentido común y la vivencia cotidiana con ellos, alimentado por la sola energía de sus creencias religiosas. Miles son las historias que ha vivenciado Enrique a lo largo de los años, historias de chavales cuyo único pecado ha sido nacer en una familia rota, ajeno al cariño, la seguridad y la aprobación paternas, y crecido en la miseria crónica. (García Madrid, 2002)

Castro no cesó nunca en su intento de comprender cada historia, fue extendiéndose su labor de boca en boca, cada vez más conocido en el barrio y alrededores. Acudían a él

chavales con problemas de todo tipo; adicción a las drogas, enfrentamientos con la ley en su mayoría por robos para conseguir dinero para su dosis diaria, procedentes de familias desestructuradas, de centros de protección de menores, otros de la calle, casi todos habían pasado por tribunales tutelares, por comisarías y cárceles. Muchos maltratados, torturados, amenazados, algunos perseguidos a tiros, experiencia de muerte de algún colega...En casa y entre ellos solo hablaban de atracos, robos, movidas, droga, cárcel, comisarias, policías, armas, sangre... Era su mundo, un mundo terriblemente cerrado, del que es muy difícil salir cuando todo su alrededor les rechaza y aísla al margen de la sociedad. (De Castro, 1986)

Con todos ellos comienzan años de solidaridad, de rebeldía y de forjar una nueva identidad siempre con la creencia de que, desde el barrio, se podía cambiar el mundo. Personas que buscan no la reinserción, sino algo que tenga sentido en la vida. Para Enrique la vida es algo que tenemos que construir y a la vez conquistar. Hay que buscarla, quererla, pelear por ella. A través de la convivencia estrecha establecida con los chavales, Enrique comenzó a descubrir la fuerte necesidad de afecto de estos muchachos y la necesidad de expresarlo y de que se les expresara. En el trato y el contacto directo los chavales, en ocasiones, ponían a prueba a Enrique, midiendo su aguante y el límite de su confianza en ellos. Poco a poco se fue creando una relación más profunda y, por lo tanto, personalizada, que a lo largo del tiempo les fue dando más seguridad y confianza en sí mismos.

De Castro (1986) afirma: Quizá el afecto, la defensa a ultranza, nuestro apoyo y firmeza y el desinterés les ayudaba a enfrentarse consigo mismos, a comparar mundos distintos, pero, sobre todo, comenzaban a confiar en nosotros y, en esa medida, a otorgarnos autoridad. A cambio nos iban implicando en su vida, descubriendo su enorme sensibilidad, entregando su cariño. Nos habíamos interesado mutuamente. (p.123)

A partir de todas estas situaciones Enrique puede conocer y entender la manera de ser de los chavales y de cómo a partir de todo lo vivido fueron provocándose distintas reacciones en ellos. Todo ello fue surgiendo de la nada, poco a poco, interaccionando. No había nada programado. Enrique de Castro y los muchachos aprendían juntos.

De Castro (1997) manifiesta lo siguiente: Fue entonces cuando empezamos a percibir las situaciones de desamparo que habían vivido. Tachados algunos de peligrosísimos socialmente, ahora lloraban y sentían miedo. Acudían buscando apoyo moral, desahogo, caricia. Tímidamente y en un a modo de juego empezaban a llamarnos con calificativos familiares, padre, hermano. Nos regalaron con el nombre de "colega". Alguno me ha pedido expresamente el papel de padre ante la carencia física o moral de éste. Incluso tuvimos algún episodio de regresión a la infancia. (p.124)

A pesar de todas las controversias y problemas que se han puesto en su camino, Enrique siempre tuvo claro cuál era su labor y sus valores y así lo demostró. En su parroquia han estado latentes todos los problemas sociales; atendiendo la marginación política, laboral, social, ancianos, parados, gitanos, vivienda y un sin fin mas, ejerciendo todas las mediaciones posibles. Siempre fiel a sus creencias, donde evangelizar es dar la buena noticia y cuyos primeros destinatarios son los pobres y los marginados. Por lo tanto, para Enrique las comunidades parroquiales tenían que ser ante todo centros de esperanza, de acogida, para aquellos que están ahí mismo, a las puertas, también los chavales. Y consecuentemente, estar entre ellos. Confianza, cariño y educación de calle para jóvenes con una necesidad afectiva que nunca fue cubierta. "En los chavales descubríamos un denominador común: la carencia afectiva generante de inseguridad y por tanto de conflictos. Es por ahí por donde hay que atajar el problema." (De Castro, 1986). Ligado a una infancia marginada aparecía una adolescencia y juventud de adicción a las drogas.

6.7 LA LLEGADA DE LAS DROGAS

A finales de los años setenta las drogas empezaron a introducirse en España. Al principio predominaba el consumo de drogas blandas, como el hachís, algo menos nocivas y sobretodo no mortales. Pero pronto la heroína empezó a asomar la cabeza en las calles y los medios de comunicación se encargaron de difundirlo, encendiendo una alarma social que se vinculaba desde un principio a la delincuencia y a los chavales. Nos encontramos en la etapa de la transición, momento en el que Enrique vio como coincidían sus comienzos en un proceso de lucha social con la llegada repentina de las drogas, rompiendo irremediabilmente con muchas ilusiones y los primeros esfuerzos

puestos en marcha. Desde un primer momento tuvo que ponerse al lado de los chavales y enfrentarse juntos a los efectos enajenadores, enloquecedores, desproporcionados y homicidas que producía esa sustancia.

Así, a principio de los años ochenta, empezó a crearse una microsociedad en torno a barrios caracterizados por la escasez de recursos económicos y sociales, como en el que se encontraba Castro en aquellos momentos, Vallecas. La heroína y la cocaína empezaban a extenderse, en San Carlos comenzaba a nacer un submundo de adolescentes y jóvenes de entre quince y veinte años de edad con problemas agudos, cuyos delitos eran significantes y sus incidentes con la policía eran de gravedad. La droga llegó al barrio, se quedó para muchos años y para destrozar muchas vidas. Empezaban a verse por las calles almas en pena con ojos rojos, a la vez que aparecían los primeros robos para poder obtener su dosis diaria y las andanzas por el barrio en busca de camellos.

Martín González (2006) recoge la declaración de Enrique: “Las drogas son un instrumento de manipulación porque atontan a la gente. Los chavales que eran luchadores a los ocho años porque se tenían que buscar la vida, porque dormían en la calle y se tenían que adaptar a cualquier situación corriendo muchos riesgos han sido anulados por las drogas. Una gente potencialmente luchadora, con una concepción de lucha siempre buena, de avance. Las drogas les anula eso. Pero no solo lo hacen las drogas sino también la televisión”. (p.63)

Para Enrique de Castro aquellos chavales no eran más que buscavidas, jóvenes que trataban de tirar hacia delante en entornos difíciles y a los que las drogas machacaron. “La heroína tuvo un efecto político tremendo porque atontó a la juventud potencialmente luchadora, y esa fue la gran desgracia de esos barrios.” (...) “Nos dimos cuenta que nos habían metido un balón en nuestros barrios y que lo estábamos peloteando entre nosotros, pero no lo devolvíamos hacia donde había venido”. (Sarrats, 2013, p.87). Los vecinos del barrio empezaron a enfrentarse, hubo manifestaciones con pancartas del estilo “los drogatas fuera de este barrio, como las ratas”, pero muy pronto aquellos que habían llevado esas pancartas comenzaron a acercarse a Enrique pidiendo ayuda, ya que sus hijos también se habían enganchado a las drogas. La casa de Enrique

de Castro siempre fue un hogar para jóvenes marginados y la parroquia un centro social, lugar de encuentro y lucha. Poco a poco se fue dando paso a un cambio de conciencia social, el barrio comenzó a entender que el problema de las drogas no era tan simple como podía parecer y no era cuestión de buenos y malos, cabían matices. (Serrats, 2013).

6.8 ¿AYUDA O BENEFICIO?

Enrique siempre tuvo claro que alguien intencionadamente había llevado ese vicio a aquellos barrios, algún fin tendría aniquilar una generación entera de jóvenes. Pronto empezaron a aparecer por toda España instituciones que decían curar esa adicción a las drogas. En un principio llegó “El Patriarca” con su retahíla diaria de la calle es mala, la droga mata, sólo el patriarca salva. Fuera de “El Patriarca” no había salvación. Después, llegaron los evangelistas en sus tres ramas “Reto, Remar y Betel” centros de desintoxicación similares a “El Patriarca” solo que en estos la droga es el pecado y el que salva es Jesucristo por lo que la curación pasa por hacerse uno evangelista. Y finalmente el “Proyecto Hombre”, uno de los métodos más extendidos por España, traído de la mano de la Iglesia Católica y apoyado hoy en día por la administración, determinó al toxicómano como un ser débil. Aplicando una técnica conductista, y completamente rechazada por el colectivo de estos sectores, es como si estuviese diseñada para jóvenes de la clase media, acostumbrados a un tipo de disciplina y cultura que nada tiene que ver con la de los marginados. Enfermos en el Patriarca, pecadores viciosos en los evangelistas, débiles en el Proyecto Hombre. El mayor error y crítica, es el aislamiento al que se les somete, aislándoles de su contexto social a un plano individual. (García Madrid, 2002). Enrique siempre ha entendido que al igual que no se puede separar al individuo de su entorno natural, tan poco se puede tratar la drogadicción como una enfermedad para la cual se puede aplicar el mismo tratamiento que para obtener la curación. Es necesario siempre conocer cada caso y tratar al mismo tiempo el problema individual, el problema familiar y el social. “Personalmente pienso que es un error, para la curación, el aislamiento total y la masificación de los centros, así como hacer ahora de la droga y de “la calle” el gran “coco” amedrentador y enemigo”. (De Castro, 1986, p.130) El drogadicto joven necesita una posibilidad de alternativa global. Necesita creer que su necesidad de crear, de dar un sentido propio (no

manipulado) a su vida, su disconformidad y rebeldía tenían una salida. Y esto significa algo más que un “centro de cura”. (De Castro, 1986).

Enrique de Castro, entregado incondicionalmente a los chavales, denuncia sin tapujos el gran negocio mundial de las drogas. La droga, una puerta de entrada fácil del dinero a la que todos hacían la vista gorda. No solo la droga en sí misma como sustancia, si no también todos los negocios organizados a su alrededor. Porque si algo tenía claro Enrique es que vivía y vive en una sociedad donde lo único que importa es el dinero, donde para él las instituciones son un arma que lleva a la mercantilización de los problemas y las personas, beneficiándose del sufrimiento y dolor ajeno. Los centros de desintoxicación, en unos principios gratuitos y donde los jóvenes no cobraban por su trabajo tratándolo de verdadera terapia, se han convertido en máquinas de hacer dinero de beneficio propio en lugar de plataformas de apoyo y ayuda para este colectivo.

Por esta razón Enrique apuesta por la legalización de las drogas, en un primer lugar para poder controlar su calidad y así evitar tantas enfermedades y muertes, pero sobre todo para desmitificar el aspecto mágico y furtivo que tienen pudiendo así poder tratar su adicción como cualquier otra, de tal manera que los drogodependientes rompan con ese pesimismo en el que se ven envueltos y sean conscientes de que es posible la superación como a cualquier otra adicción.

Frente a todo lo meramente institucional, Enrique apuesta por otras alternativas con el propósito de que los chavales además de desintoxicarse de las drogas tuvieran la oportunidad de tomar las riendas de su vida en otra dirección, encontrando así un sentido a la misma y un propósito por el que luchar. Les ofrecía trabajo con el fin de que tuvieran siempre algo que hacer, pues el aburrimiento les dirigía siempre hacia lo mismo, a aquel bucle del que era tan difícil salir. También les invitaba a evadirse una temporada al campo u otra ciudad, aprovechando transitoriamente la separación de su entorno para desengancharse, sin esperar allí nada más a cambio que su mejora y que retomaran su vida hacia el camino correcto. Ha quedado demostrado que se puede pasar el famoso “mono” (síndrome de abstinencia) sin tomar ningún otro tipo de producto relajante o hipnótico. Se pasa mal, sin duda, pero se pasa. Una vez superado el síndrome de abstinencia, ya todo es cuestión de decisión propia y apoyo basado en motivaciones y

nuevos estímulos que vayan produciendo autoestima y seguridad en uno mismo. Llegados a este punto tiene mucha influencia el grupo, el ambiente en el que se codea cada joven.

De Castro (1997) cuenta: Hay chavales que han dejado las drogas en poco tiempo, otros tras múltiples recaídas (es lo normal) y otros no han dejado el hábito (en general los que menos apoyo han tenido o los que tenían problemas personales más difíciles de superar). (p.168).

6.9 LAS PRIMERAS ASOCIACIONES DE LUCHA

El problema de las drogas estaba patente en la sociedad, en el barrio, en los chavales. Empezaron a surgir asociaciones de apoyo y defensa a estos. Así apareció la “Coordinadora de Barrios”, una asociación de diversos colectivos que se creó en San Carlos con el propósito de ayudar a los jóvenes con problemas. Se inició a manos de Chelo, quien en sus principios desconocía todo aquello pero que finalmente ha dedicado su vida a ello. Fueron años de volcarse en niños que no tenían nada y en ese contexto conoció a Enrique de Castro, con el que desde entonces le une una fuerte amistad. Ella fue una de las personas a las que Enrique pidió ayuda cuando acogió el primer chaval en su casa. Chelo se lanzó al vacío de su mano, sin tener ni idea de hacia dónde iba, creyendo ilusamente que se trataría de algo temporal y acabó entregada en cuerpo y alma para ayudar a los chavales.

A raíz del surgimiento de la asociación Coordinadora de Barrios la mentalidad cerrada del barrio iba despertando. Madres a quienes cuyos hijos habían caído en las drogas comenzaron a aparecer por allí sin tener de idea de lo que les sucedía a sus hijos. Al principio intentaban buscar respuesta y culpables, desplazando el problema a las amistades de los hijos, pero pronto comenzaron a darse cuenta que todas ellas tenían el mismo problema y que uniéndose lograrían que sus quejas llegaran más lejos. A partir de este momento cambio la mentalidad del grupo, del barrio. De esta manera brotó el primer éxito en la lucha contra esta lacra, “Madres contra la Droga”. La agrupación de todas estas madres hace posible la aparición de esta asociación en 1986, la cual es liderada por el propio Enrique, Chelo y, especialmente, Maribel, una asistente social muy implicada. A partir de entonces comienzan las movilizaciones y acciones reivindicativas que fueron avanzando con el tiempo. Todo fue un proceso lento, pero

victorioso. Lo primero fue luchar contra su propio alfabetismo social, para ello empezaron a aprender el vocabulario relacionado con las drogas así como a leer periódicos y hasta el Código Penal. Lo segundo fue dejar sus individualidades a un lado y empezar a forjar la conciencia de grupo. No se trataba sólo de salvar al propio hijo, sino a todos. Lo tercero, identificar al enemigo. Al principio sólo deseaban que desapareciera el camello que pasaba la droga, al que creían el único culpable, pero pronto esas percepciones fueron cambiando. Y así se inició una lucha directa y razonada. “Descubrimos que los culpables de todo lo que estaba pasando no eran los que vendían la droga a nuestro hijos, sino que estaban mucho más arriba. Y también descubrimos que la policía y los políticos miraban hacia otro lado”. (Sarrats, 2013, p.97).

6.10 ACOGIMIENTO Y SEGURIDAD

Asimismo, la casa de Castro también era un pilar imprescindible para los jóvenes, desde allí dando cobijo a miles de marginados, conviviendo y estableciendo una relación interpersonal de la que nace la confianza y el cariño. Mediante todo ello se logró, y se sigue logrando, la solución de los diferentes conflictos que se les iban presentando en el día a día. La casa de Enrique siempre ha carecido de normas, no iban más allá de cumplir con las horas de comida y cena, una limpieza mínima en las zonas comunes y un cierto límite en el ruido por la noche.

Sarrats (2013) redacta: ¿Normas? Venid aquí a poner normas. Aquí viven de noche, se levantan tarde, van a la suya. Una institución siempre pone normas muy duras, pero un chaval de esta manera no te entiende. La gente cree que viene un chaval a tu casa y al día siguiente ya está bien. ¿Pero qué se creen? Esto es un proceso. (p.106).

A pesar de las escasas normas, estaban establecidas algunas actitudes fijas que fueron ayudando a crear una relación más profunda y, por lo tanto, individualizada, que a lo largo del tiempo les ha ido dando más seguridad y confianza en sí mismos. Enrique explica cuáles son esas actitudes fijas

De castro (1986) explica lo siguiente: Por un lado, la disponibilidad y la acogida afectuosa en cualquier momento (no hay horas para ellos). Nunca fueron tratados como enfermos o drogadictos o delincuentes... Eran ellos mismos sin calificativos. Por otra parte, nuestra firmeza frente a su inestabilidad permanente. En tercer lugar, nunca nos inmiscuíamos en sus “asuntos”, esperábamos a que ellos los sacaran a flote. De alguna manera nos convertíamos en sus cómplices, les defendíamos. Y por último, no aceptábamos en casa nada que pudiera contribuir a su ruina, reflexionándolo con ellos. De ahí el no consentimiento a que guardasen cosas robadas, drogas... en casa. Tan poco permitíamos que nadie de fuera se inmiscuyera ni que entrara la policía. Es decir, nada que fuera enemigo de ellos. (p. 122-123).

Como resultado de la defensa a ultranza, el afecto, el apoyo incondicional y el desinterés por parte de Enrique aflora el cariño e interés mutuo. Este brote de complicidad permitió que fueran descubriendo juntos la compleja unidad personal que formaban cada uno de ellos, a la vez que iban construyendo su propia sociedad al margen de todo aquello que les excluía. Se iba confirmando poco a poco que el cambio y la mejoría de los chavales iba a ser lenta, según el grado de deterioro social interiorizado en cada uno de ellos y de la edad en que empezaban a ser atendidos. Con el paso de los años el compromiso y la lucha han ido dando resultados. Casi cuatro lustros más tarde, Enrique de Castro sigue en el mismo sitio, buscando y persiguiendo lo mismo, pero con las manos más llenas.

García Madrid (2002): La mayoría de los jóvenes en contacto con nosotros durante estos dieciséis años ha logrado salir de situaciones de destrucción. (...) El esfuerzo ha consistido en que creyeran en sus posibilidades, tanto para dejar la droga como para cambiar el rumbo de su situación anterior. (...) Tarea difícil, lenta y llena de altibajos, hoy sensación de ilusión y optimismo, mañana de nuevo la decepción y el fracaso, con la tentación de renunciar a lo que ha sido una constante permanente, el vivir en libertad a través del encuentro personal y la reflexión. (p.245)

6.11 INSTITUCIONES REPRESIVAS

Al frente de los pensamientos y maneras de proceder de Enrique están todo tipo de instituciones, a las que éste ha denominado con el término represivas. Enrique de Castro, a lo largo de toda su trayectoria, hace una denuncia abierta, directa y clara a dichas instituciones represivas. Para él toda institucionalización supone una traición de los valores originarios y la exclusión para algunos grupos humanos y, por lo tanto, el cristianismo no debería de sentirse cómodo al menos desde el punto de vista de su creencia. Institucionalizar es jerarquizar “Una cosa es que haya una organización y otra es que se convierta en una institución de poder. Cuando se llega a ese poder ya no se defiende aquello para lo que nació sino a la propia institución” (Martín González, 2006, p.61).

Castro se opone a todas aquellas soluciones profesionales e institucionales que nuestra sociedad de bienestar y el Estado social de derecho interpone para los jóvenes de la marginación social. Servicios sociales e instituciones que se utilizan como cebo a modo de exculpación de ese remordimiento interno que aparece ante una realidad que no se quiere esclarecer y, a la par se suprime un efecto social colateral y desagradable que tanto “miedo” produce en la sociedad.

Es evidente la imposibilidad de actuar aportando una verdadera ayuda a los chavales si se desconoce todo lo que les rodea, así aparecen instituciones sociales que dicen proteger y defender a estos y que finalmente resultan tener el efecto contrario. Enrique de Castro ha comprobado en sus propias vivencias toda esta verdad oculta entre una colectividad de personas ciegas ante estas injusticias, o mejor dicho que no quieren ver.

Torturas y falta de garantías procesuales. Acusaciones poco fundadas e incluso falsas. Extorsiones. Detenciones ilegales denunciadas. Amenazas de muerte. Vejaciones y humillaciones. Policías encubridores de agresiones. Detenciones de puro hostigamiento para buscar confidentes. Manipulación y falsificación de partes médicos. Allanamientos de morada. Registros injustificados. (Serrats, 2013). Una larga y dura lista que Enrique tiene apilada en sus recuerdos, injusticias que él mismo ha denunciado y señalado públicamente sin ningún tipo de reparo. Arremete contra los abusos de poder demostrables por parte de algunos policías, funcionarios de prisiones y centros de

internamiento, pero también jueces y abogados. Cargado de ira acusa a todos ellos contando sin tapujos las situaciones que el mismo o alguno de sus chavales han vivido. Enrique denuncia las injusticias y propone que los miles de millones que las administraciones autonómicas destinan a construir nuevos centros de internamiento para adaptarse a la futura ley penal juvenil los dediquen a dotar de recursos asistenciales a estas familias para que puedan atender a sus hijos.

Enrique de Castro un ejemplo a seguir. Carga a su espalda una lucha incesante por la libertad y protección de los chavales, con esfuerzo y dedicación ha conseguido que muchos de estos encuentren un sentido a su vida y aprendan a solucionar juntos todas las adversidades que aparezcan en su día a día. Enrique está convencido de que son ellos quienes tienen que reencontrarse consigo mismos y la sociedad, “no es la ley creada por el sistema la que les salva. En ella solo encontraron destrucción.” (De Castro, 1997, p.129). Para ello en lugar de encerrarlos, como tantos sectores dominantes de poder piden, es necesario hacer un esfuerzo por conocer el barrio, a ellos, y lograr un cambio de actitud en la sociedad. Por su parte los chavales han demostrado su capacidad de lucha en esa etapa callejera de supervivencia, que estalla ahora en un abanico de posibilidades nuevas. Es la fuerza de la marginación unida, “si no lo llegamos a descubrir y nos quedamos en la superficialidad de la peligrosidad social que generan, tal vez sea porque no estamos dispuestos a perder nuestra seguridad” (De castro, 1997, p.129). Esa seguridad ciudadana que una gran pluralidad de personas libres y resguardadas de cualquier carencia pretenden conseguir apartando de su lado a una población infantil y juventud marginada. Esa constante de “hay que proteger la sociedad” ante aquellos a quien la ley destruye implacablemente, aquellos quienes siguen siendo culpables de todos los males legislativos, administrativos y sociales. Tan poco ellos se libran de la presión social. “Uno tiene la posibilidad de estar entre los enemigos de esa sociedad y se pregunta quién es enemigo de quien. Y uno va respondiendo y se hace también enemigo”. (De Castro, 1986, p.128).

Es evidente este lastre de la buscada seguridad ciudadana que se extiende por la sociedad junto al temor que siente la misma hacia los jóvenes marginados que, indudablemente, ella misma se encarga de excluir. Un pilar importante que se encarga de impulsar y mover esta visión nociva entre la población son los medios de

comunicación. Se intenta crear una figura que venda y lo que menos importa es la realidad social, el mundo marginal, sino de dónde sacar el personaje. En el entorno de Enrique han buscado siempre, y lo siguen haciendo, temas relacionados con la marginación, las cárceles, niños desatendidos, jóvenes con problemas de drogadicción... pero no para ir a las raíces de los problemas, si no para vender morbo. “La noticia no existe, la crean y la utilizan, y poco importa la verdad de lo que se vive al otro lado de la llamada sociedad de bienestar”. (García, 2002, p.231). Sólo algunos programas de debate han hecho posible entrar en la problemática, pero ocasionalmente, y la mayoría de las veces evitando la presencia del defensor de ese submundo despreciado por el resto.

Martín González, (2006) recoge la opinión de Enrique: La televisión es otro tipo de droga. Para mí, droga es todo aquello que somete tu voluntad, y los medios de comunicación no solo te la someten sino que también te la manipula. La droga te deja anulado bien orgánicamente o bien mentalmente para que te manipules. (p.63)

6.12 LOS CHAVALES

Las víctimas de todo ello son esos chavales, en cuya infancia han vivenciado modelos familiares, educativos y sociales caracterizados por la desatención, hostilidad y rechazo, siendo además culpabilizados del fracaso de estos modelos. Quienes buscando una seguridad, encuentran la calle y los colegas, y hacen de este encuentro su afirmación y espacio vital. Muchachos que no tienen ningún punto de referencia más que el propio sistema que los margina, modelo que repiten inconscientemente sin llevar las riendas de su vida. Así pues, viven y actúan por referencia a un sistema hostil donde ellos no han encontrado valores que les estimulen. Es difícil encontrar componentes morales si se carece de valores referenciales.

Sarrats (2012): Si falta el cariño falta la ética. Son chavales que no tienen ética porque no han tenido afecto y precisamente al no tener una referencia afectiva, al no conocer qué es el afecto, tampoco piensan que están haciendo daño. Se están defendiendo en la vida de lo que sea y de quien sea y por eso cuando lo encuentran se llevan una sorpresa. (p.107).

Jóvenes que son objeto de intereses económicos, políticos e ideológicos que el sistema utiliza para beneficiarse. Existe una ruptura abismal entre el universo de “valores” de nuestro sistema y el mundo de los marginados, siendo estos últimos infravalorados por el resto de la sociedad buscan su propia seguridad utilizando elementos extrínsecos como el dinero, las armas y la fuerza. En su huída del pasado e imposibilidad de referencia al futuro, la inmediatez es su única dimensión y la supervivencia agradable el motivo de su existencia. Enrique lo tenía claro, era necesario un encuentro afectivo en estos chavales así como un modelo de autoridad, pero no un modelo de poder institucional que aparece permanente a lo largo de la vida de estos chavales.

De Castro (1997) explica: Afecto y cariño les libera, les despierta, les personaliza, y ahí comienza su confianza y la posibilidad de afrontar su pasado y mirar hacia el futuro. Cariño y afecto traen consigo autoridad moral, no basada en normas ni en formalismos, sino referida a las personas por las que se sienten queridos y cuya relación genera en ellos autoaceptación y estímulo. De aquí que no sea posible “tratarles” desde las instituciones del propio sistema establecido. (p.125)

Con su proceder, Castro siempre ha intentado que en los chavales se produjera un encuentro consigo mismos a través del cual dieran sentido a sus vidas. A partir de esa experiencia personalizada que él ofrecía a los chavales, empiezan a surgir los deseos de salir de su situación anterior y junto a ellos los verdaderos esfuerzos. Necesitaban salir de la drogodependencia, eliminar las sanciones pendientes y encontrar un trabajo que les afiance. Con Enrique encuentran una base en la que apoyarse, un punto de referencia. Llega el momento de la propia toma de decisiones, comienza su proceso de maduración ética acompañado del miedo que les provoca todo lo nuevo y desconocido para ellos. Tienen miedo a dar el paso, pero tan poco quieren quedarse donde están. Enrique ha experimentado varios intentos de provocación por parte de algunos chavales con la intención de que les echara de su lado, queriendo así que tomara la decisión por ellos, aludiendo su responsabilidad. Todos estos intentos han sido fallidos y los chavales no han tenido más remedio que enfrentarse a su propia decisión. Comienza la asimilación de nuevos valores dando paso así una etapa que Enrique decidió denominar

adolescencia moral. En este momento inician el reencuentro con sus padres, las exculpaciones de otros, la ayuda a colegas para que también salgan de la situación y la aparición de una nueva forma de comunicación chicos-chicas mas interiorizada. Comienzan a integrar el pasado y las expectativas de futuro desde perspectivas nuevas. Necesitan motivaciones acompañadas de elementos creativos para no estrellarse con la traba del aburrimiento que supone en ellos un retroceso. Se va creando el grupo del barrio, formado por personas que se han ido situando en el punto de vista de los chavales, de su situación, de su historia y han terminado atrapados por ellos.

De Castro (1997) admite: Se nos han caído antiguos esquemas y estamos a su lado; profesionales (abogados, asistentes sociales, psicólogos, médicos, maestros, etc.), “desprofesionalizados” en cuanto que aprenden con los chavales y nosotros los límites de la profesión y cambian el punto de partida relativizando todo lo que parecía sagrado. (p.128)

En definitiva, chavales con una gran capacidad de solidaridad y lucha frente al sistema que les intentó aniquilar. El grupo es amplio, sin límites.

6.13 ENTREVÍAS. PARROQUIA, FE Y EVANGELIZACIÓN

La parroquia fue el instrumento y el lugar de encuentro para la difusión del nuevo espíritu de lucha que Enrique pretendía transmitir a todos los vecinos del barrio. Es cierto que al principio de su andadura por estos terrenos le preocupaba mucho más la rutina religiosa que imponía la estructura tradicional, pero pronto esto fue cambiando ante la realidad allí presente. Se empezó a descubrir una dimensión sociopolítica dentro de la fe evangélica y gradualmente se fueron introduciendo cambios en lo estrictamente eclesiástico. Así como se transformó toda la estructura de la parroquia, se creó una nueva dinámica dentro de la misma. Comenzaron a tener lugar las primeras asambleas de obreros de la construcción, de maestros, etc., clandestinas a la fuerza, en las que se trataban los problemas y reivindicaciones propias de su gremio. No fue hasta el año setenta y tres cuando empezaron a establecerse las eminentes convocatorias y reuniones vecinales.

De Castro (1997) explica lo siguiente: Así empezó a fraguarse el movimiento vecinal y la creación de las distintas asociaciones de vecinos de la zona que, junto con las aulas de cultura de jóvenes, las escuelas de mujeres, de padres o de alfabetización de adultos y los centros de jubilados, alguno de ellos “okupados”, iban enriqueciendo el ambiente de participación y lucha en el barrio. (p.55).

Tras mucho trabajo en y desde la parroquia, la gente se fue acostumbrando a participar en el diálogo y la misa fue tomando un aire más relajado, con primicia del diálogo sobre el rito. Enrique de Castro fue experimentando la llegada de gente nueva que en su mayoría no iban a misa desde niños, algunos eran agnósticos o ateos, y ahora se sentían atraídos por este tipo de encuentro y por la nueva manera de plantear la fe.

Así, con sus propias vivencias, es como Enrique hace una clasificación en la que señala a cinco grupos humanos con características específicas respecto a su relación con lo que significa la parroquia en el barrio. Primero los asiduos a misa diaria o semanal que, optaban por conservar la tradición religiosa y el orden dentro del templo. Este grupo hizo una militancia particular contra los párrocos de la iglesia para que no se dieran cambios en torno a ella. También llegaron a hacer campaña de recogida de firmas para que les echaran o dejaban anónimos con amenazas de condenación, sin dejar de delatarlos por llevar a cabo actividades a favor de las libertades y la justicia social.

De Castro (1997): Aseguro que tratamos de ser respetuosos con ellos dejando espacios y tiempos en la parroquia para que siguieran con sus costumbres, pero no cedíamos en nuestro intento de presentar la fe como un acicate para despertar a la vida y sacudir el miedo a unos y la indolencia de otros. (pp.14-15).

Este grupo, tras los sucesivos cambios que se dieron en la parroquia, optaron por desplazarse a otras iglesias. El segundo grupo fueron los ocasionales, que eran los que acudían a la parroquia para recibir sacramento en momentos específicos como bautizo, comunión, bodas, etc. Estos mostraban sorpresa y simpatía, en su mayoría, ante las nuevas maneras de hacer y presentar las cosas. El tercer grupo, los militantes sociales, conocidos como Juventudes Obreras Cristianas (JOC), cuya fe en Jesús y su evangelio, su vinculación al mundo laboral y la situación social del momento les proyectaba claramente a un compromiso meramente político.

De Castro (1997) cuenta: Vivían al margen de la estructura parroquial, pero el hecho de que varios curas de las parroquias de la zona estuvieran en su movimiento y la traducción política que unos y otros hacíamos del Evangelio, nos llevó a trabajar juntos en el barrio en una tarea educativa de concienciación y en concreto en la formación de niños y adolescentes, llegando a crear un numeroso grupo de chavales entre cuatro parroquias, cuyas actividades y encuentros transcurrían un tanto al margen de la estructura clásica religiosa. (pp. 35-36).

Los chicos y chicas que formaban la JOC supusieron un pilar importante en el aprendizaje de Enrique, en aquel momento recién estrenado en el barrio. El cuarto grupo que menciona corresponde a aquellos que con ocasión de algún encuentro se vinculaban a la parroquia en distintas actividades como la escuela de padres, acción social, incluso la misa dialogada de los domingos, pero mantenían su actitud de rechazo a la Iglesia, su agnosticismo o ateísmo. Y como último grupo se encontraban los que no acudían a la parroquia. Fundamentalmente adultos, jóvenes y niños del sector más marginal del barrio.

Muchos son los que ha visto Enrique pasar por su parroquia. Juntos empiezan a crecer, a confiar, a sentirse apoyados y se lanzan hacia adelante. Empezaron a experimentar cosas nuevas, espectaculares y no habituales para ellos, como asistir a manifestaciones, los primeros encierros y detenciones, la adhesión y simpatía de la gente del barrio... Pero frente a esto, también va surgiendo el rutinario día a día, la dificultad de mantener el espíritu inicial, el cansancio, la desmitificación de líderes... Se extiende el desaliento, la utopía no se realiza empezando así a aparecer la inseguridad y la búsqueda de salvadores. Poco a poco fueron descubriendo la Biblia no como la narración histórica de un pueblo, sino como un análisis de la condición humana, válido para cualquier época y situación. Empezaron a diferenciar entre el Dios de las religiones y el Dios de la vida.

García Madrid (2002): La vida es algo que tenemos que construir y a la vez conquistar. Hay que buscarla, quererla, pelear por ella. (...) Iba descubriendo, en la compleja unidad personal que somos cada uno, como fuerzas distintas que

están actuando y que no delimitas claramente en ese estado que llamamos conciencia. El carácter, la sensibilidad, la cultura heredada, la realidad que se te va imponiendo, el deseo de ser alguien, la fe como motor de esperanza, la influencia del grupo. No sé cuál de esas fuerzas influye más en cada momento determinado, pero unas y otras, pura e impúdicamente mezcladas, empujan y arrastran. (p.220).

En sus misas, Enrique de Castro pretende ofrecer una visión inocente del evangelio llegando a las raíces de nuestra propia cultura. Busca destapar el engaño al que dice habernos sometido la llamada cultura cristiana; con sus dogmas, su moral, su templo y su ley han manipulado el verdadero significado de Jesús. Declara abiertamente que nos han quitado la fe, que es el motor de la vida. Bajo sus ideales, Enrique ha desglosado el Evangelio, liberándolo de todo poder institucional y toda manipulación. Acerca a Vallecas un evangelio desinstitucionalizado mediante el que pretende ayudar a los más desfavorecidos. Recuperando la fe, descubriendo y apostando por algo más valioso de lo que has conocido hasta ahora y que te llena de sensaciones nuevas. Según Enrique cuando logras reinterpretar el sentido no religioso del mensaje de Jesús, cuando lo descubres como valor lo ves encarnado en una persona o grupo humano, te adhieres a ellos, les dices sí a ellos y apuestas por ellos. Así, iba apareciendo en sus asambleas una fe como fuente de liberación, iban descubriendo un dios preocupado por sus historias frente al dios de la magia religiosa paralizante que habían conocido desde su niñez. Pronto entendieron que la alianza de los poderes económico y político con el religioso pretende precisamente destruir la fe del hombre en la utopía.

De Castro (1997) nos desvela: Jesús no es dios (...) Si él significa algo es precisamente el poder que tiene el hombre de crear, de transformar, de vencer, de no quedarse acoquinado, de superar los miedos, de hacer posible la utopía. (...) La iglesia a través de sus dogmas y su moral ha convertido a Jesús en un mito inaccesible al hombre y ha imposibilitado la fe del pobre y el marginado.

La Iglesia convencional no comparte los ideales cristianos con los que Enrique de Castro promulga. Éste no oficia las misas con los atuendos utilizados por los curas ni menciona sus célebres frases. Acentúa su concepción sobre Jesús como un ser no

creyente en ninguna de las religiones que han inventado los humanos, incluida la católica. Muchos de sus comentarios y acciones, en alegato a su propia creencia, han provocado enemistad con personas influyentes en la iglesia.

Sarrats (2013), recoge la sentencia de Enrique: La Iglesia Vaticana es antievangélica” “porque el Vaticano es el mundo de la no fe. La mayoría de obispos cree en su poder pero no tienen fe en el Evangelio, que es lo mismo que tener fe en el ser humano. Para tener fe hay que ser un ser humano desnudo y por eso he dicho más de una vez, refiriéndome a los obispos: “Quedaros desnudos, en pelotas, fuera ropajes y salid a la calle”. Porque son incompatibles el poder y el dinero, con dios. (p.107)

Sin miedos, sin ambigüedades, siempre firme con sus palabras. Disfruta reivindicando y transmitiendo lo que él entiende por fe, una concepción alejada de la visión mística y milagrosa. La descubre como un elemento más humano que religioso, que no consiste en creer lo que no vemos, sino en creer en lo que vemos, en experimentar y descubrir. Fe en el otro, en los otros, en la vida, en la lucha y en la utopía.

Sarrats (2013): Las religiones han secuestrado la fe, ese es el engaño. Han identificado la fe con creer en la propia religión a ciegas, en sus dogmas y en sus milagros. El sacerdote es el que le ha quitado la fe a la gente, y ha mostrado un dios salvador siempre y cuando cumplas sus preceptos; ellos mismos se han convertido en representantes únicos de ese dios en la Tierra.” (...)” La fe no tiene intermediarios. Tu propia fe es la única que puede liberarte. Fe en uno mismo y en los demás, porque es lucha. Es la capacidad de poder confiar en la gente, superar los miedos y así embarcarte en una lucha contra las injusticias. (pp.181-182).

A pesar de todas sus palabras y acciones en contra de la Iglesia no hay que interpretar odio, ni ira, ni ganas de destruir esta institución; sino que Enrique a través de ello expresa su deseo de que un día esta institución se aleje de las formas y del poder para dedicarse única y exclusivamente a la gente.

En la misa de Entrevías Jesús está presente cuando comparten el pan, que en ocasiones son rosquillas, y el vino, en sus preocupaciones, en sus ilusiones y en la lucha por un mundo justo. La Eucaristía es el encuentro donde todos hablan, cantan y sufren cuando la cosa va bien, pero el sufrimiento pronto se convierte en lucha esperanzada. La evangelización es el núcleo de la acción y la lucha social y, la fe no es una doctrina que enseña sino una vivencia de desafío y permanente lucha para ir creando juntos lo que constituye su propia realidad. Enrique intenta transmitir una fe sin miedo a nada. Y especialmente a los jóvenes, a quienes invita a no tener miedo a nada. No tener miedo a ser libres, ni a equivocarse, ni a ser uno mismo. No tenerlo a la hora de elegir su camino y hasta su propia fe. “Los poderes se valen del miedo para someter a las masas. Nos ata el miedo. Miedo a perder lo que tenemos, a que nos echen del trabajo o a ser apartados del grupo. Y este miedo solo se puede superar con la fe y la solidaridad, aprendiendo a decir no, no tengo miedo y no podrás conmigo”. (Sarrats, (2013), p.182).

6.14 EL INTENTO DE CIERRE

Tras un largo tiempo siendo observada con lupa, no fue hasta Marzo de 2007 cuando las autoridades eclesíásticas anunciaron el cierre de la parroquia de San Carlos de Borromeo. Las prácticas litúrgicas y las actuaciones de carácter social que Enrique de Castro, junto con sus compañeros, emprende desde allí incomodan a la gran institución de la Iglesia. Cuando alguien intenta unir la lección de los evangelios y la vida cotidiana, con sus precariedades, sus injusticias y sus conflictos, la incomodidad institucional se hace visible.

Llega la noche prevista y con ella el primer encuentro pendiente entre el cardenal arzobispo Antonio María Rouco Varela y los tres curas de la parroquia San Pablo de Borromeo; Pepe Díaz, Javier Baeza y Enrique de Castro. La cita tuvo lugar en el palacio episcopal, donde no les esperaba solo el obispo, Herráez estaba acompañado de los máximos responsables de Cáritas de Madrid y el vicario de Vallecas para darles un mensaje duro y claro. El Arzobispado había planteado el cierre de la parroquia para convertirla en un centro asistencial de Cáritas en el que los tres párrocos, si querían, podían seguir trabajando como asalariados, manteniendo así su trabajo social, pero se disolvía la comunidad y dejaba de ser lugar de encuentro. Esta decisión la justificaban

mediante el argumento de que la liturgia y la catequesis que realizaban no eran eclesiásticamente homologables.

El País (2007) recoge sus opiniones: Nos han dicho que socialmente estamos muy bien, pero que en cuestiones de liturgia y catequesis, no” “Según ellos, la catequesis que damos no está homologada y la liturgia es un desastre” "No somos unos locos. Nos dedicamos al mundo de la marginación y esa gente es la que luego viene a misa porque han sentido que este lugar... explicaba Enrique en pleno revuelo. Hemos cambiado las hostias por rosquillas porque los niños no entendían que son las hostias normales. Fueron las propias madres las que nos trajeron las rosquillas. Y si nos hemos quitado los hábitos para dar misa es porque la gente nos lo ha pedido..., afirmaron los curas.

Tras el encuentro llegaba el regreso al barrio, allí esperaban un buen número de amigos. La indignación estaba presente en todos ellos, tenían que hacer algo, no podían permitir que les cerraran la parroquia. La microsociedad que se había creado en torno a San Carlos tomó las calles. Días y días de protestas, de idas y de venidas, desde que se supo la noticia las muestras de afecto y apoyo fueron incesantes. También acudieron muchos intelectuales que quisieron publicar sus reflexiones en los medios de comunicación. Gente de toda España se acercaba a la parroquia para conocer esa famosa “liturgia no homologable”. Se organizó una gran misa-manifestación que reunió a un millar de personas, y apenas unos días después de esta reunión tuvo lugar otra muy simbólica y extremadamente mediática. La parroquia se llenó de fieles, amigos y caras conocidas. También se acercaron chicos del pasado, inmigrantes de todas las confesiones e incluso jueces y fiscales. Esta fue la primera muestra y prueba de fuerza, pasaban los días y no se recibían noticias nuevas de Rouco. El problema se agravaba y la inquietud y el agotamiento estaba presente en ellos. Enrique recuerda estos días como unos días muy duros en los que sentían desbordados.

Y entonces llegó la segunda notificación firmada por el cardenal Rouco, en la que se anunciaba el cierre de la parroquia debido a una reestructuración de límites parroquiales, repartiendo a los tres párrocos por diferentes iglesias y convirtiendo el edificio en un local de Cáritas para continuar con el servicio en el ámbito de la

marginación social. Al mismo tiempo comenzaban las jornadas “Unidos en la exclusión”, tres días de encuentro en San Carlos Borromeo. Las jornadas comenzaron con una asamblea entorno a uno de los padres de la teoría de la liberación y exsacerdote franciscano Leonardo Boff. Con su visita, San Carlos se volvió a convertir en un objetivo mediático. La combinación de la noticia del cierre y la visita de Boff reactivaron la lucha. Al día siguiente se organizaron juegos para los niños y niñas, cuentacuentos, talleres de artes plásticas y una fiesta para todas las edades. Finalmente, el último día, para cerrar las jornadas tuvo lugar una misa masiva al aire libre, a la que volvieron a acudir amigos, fieles y partidarios de todo el país. En aquellos momentos Vallecas era el centro de atención informativa.

El acuerdo parecía inalcanzable, cada vez se hacía mayor el cúmulo de tensión. Ambas partes no estaban dispuestas a ceder. Al cabo de unos días se produjo una nueva reunión mediante la que el Arzobispado proponía cerrar la polémica ofreciendo a los tres párrocos quedarse en la parroquia pero quitando a la misma el contenido religioso, convirtiendo la misma en un centro de atención a los más necesitados sin connotación religiosa. Por supuesto ellos se negaron, volviendo a quedar todo en el aire. El bulo fue creciendo ya no sólo en España sino fuera. Los medios internacionales se interesaron por el cierre al que vinculaban con el creciente conservadurismo de la jerarquía eclesiástica española. Enrique de Castro, cuyo nombre apareció escrito en los periódicos de medio mundo. Pasan los meses, Rouco necesita acabar con el conflicto, era mucho el tiempo y las críticas cargadas a su espalda.

Llego Noviembre y con él el reencuentro. Rouco les pidió a Enrique, Javi y Pepe que se vieran en un sitio que no llamaran la atención, al margen de las cámaras, quería zanjar la polémica en silencio. Se decidió que el encuentro tuviera lugar en la casa de Enrique, una de las pequeñas casas bajas del Pozo del Tío Raimundo. Tuvieron una cena y tras una diálogo intenso y formal en la misma, Rouco les ofreció la continuidad en San Carlos Borromeo, pero quitándoles el título de parroquia y convirtiéndolo en un centro de pastoral. Esta condición suponía ciertos cambios en las condiciones legislativas que rigen la Iglesia católica, pero en la práctica a penas se apreciaría. Lo más significativo sería dejar de tener libros de registro y el cambio de sus cargos; Javi pasaría de ser párroco para convertirse en capellán mayor, y Enrique y Pepe pasarían a ser capellanes

menores. Los tres aceptaron el cambio, aceptaron porque podrían seguir haciendo lo mismo que hasta entonces. Y así fue la larga historia del controvertido cierre de la parroquia, donde los tres párrocos fueron protagonistas involuntarios de un conflicto que se remonta a principios de los ochenta y se medio cerró esa noche del 2007. Al día siguiente de la cena el Arzobispado emitió un comunicado, aprobado por los tres capellanes, en el que hizo público el acuerdo. (Sarrats, 2013).

6.15 REIVINDICACIONES Y LIBERTAD

Otros temas polémicos que han llevado a Castro hasta los espacios mediáticos han sido su postura a favor del uso del preservativo, los matrimonios homosexuales o el derecho al aborto.

Foro Católico (2013) recoge algunas de las opiniones que manifiesta Enrique: En la parroquia siempre hemos recomendado el uso del preservativo. ¿Cómo no vas a hacerlo si hemos estado siempre rodeados de enfermedad y muerte?” “Los gays son personas iguales que las demás. Y punto. ¿Qué más añadir? ¿Cómo va a ser el cristianismo incompatible con la homosexualidad? No existe ningún código de moral en el Evangelio y mucho menos de moral sexual.

Su actitud ante estas cuestiones escandalizada a la jerarquía eclesiástica, pero él se expresa con libertad sin temer que lo excomulguen. Declara abiertamente su postura frente al aborto y repudia la hipocresía

Lo único que puedes decirles a aquellas que quieren abortar es que si deciden no hacerlo no les faltará nada, ni a ellas ni a sus hijos, pero la decisión siempre es personal. La Iglesia ha gastado más tiempo condenando el aborto que la doble moral. Cuántas personas de derechas, estando en contra del aborto, han llevado a abortar a sus hijas.

Gran parte de la sociedad y algunos sacerdotes someten a aquellos que sienten interés por lo supuestamente prohibido o por lo que es considerado pecado, creando en las mentes de aquellas personas que practican el aborto una angustia y psicosis tremenda.

Sarrat, (2013): El máximo poder que se puede tener sobre las personas es el control de sus conciencias” “La Iglesia debería de dejar de hablar de sexo.

Hablemos de crear vida, de luchar por los demás y hacer un mundo mejor. La moral evangélica solo se basa en el amor, la acogida y el perdón. De sexo no dice nada, porque el sexo no es malo. El sexo es bueno. (p.195).

De Castro manifiesta que no puede asumir que se penalice el aborto, lo único presente en su cabeza es “Acoger. Siempre acoger. Acoger a la chica que se queda embarazada con trece años y, sin saber lo que quiere, decide seguir adelante con el embarazo, quizá inducida por su familia” “Y acoger también a la chica que se queda embarazada y decide abortar, creyéndose incapaz de poder dar una vida digna a un hijo. Acoger siempre”. (p.201) Enrique nunca ha dicho a ninguna chica lo que debía de hacer. Nunca ha recomendado que abortara, por dura que fuera su realidad, pero tampoco ha recomendado nunca lo contrario. Aclarar ideas, ayudar a pensar y a entender, sí; pero luego ellas tienen libertad para decidir.

Sarrats (2013), redacta que Enrique se manifiesta y reivindica: Soy antiabortista, por supuesto. Pero también contrario a la penalización del aborto y a la excomunión. ¿Cómo pueden excomulgar a una niña de nueve años que se ha quedado embarazada y ha abortado, en vez de abrazarla? Antes de la excomunión está el perdón y la acogida. (p.201).

Sobre el tema de la homosexualidad en relación con la Iglesia, opina “Los gays son personas iguales que las demás. Y punto ¿Cómo va a ser el cristianismo incompatible con la homosexualidad? No existe ningún código de moral en el Evangelio y mucho menos de moral sexual. La Iglesia no debe opinar sobre si la homosexualidad es una enfermedad o no. Para eso ya están los científicos”. (Sarrats, (2013), pp.196-197)

6.16 LOS DE ANTES Y LOS DE AHORA

Mario, Jacinto, Pedro, Antonio, Satur, Fernando, Lucho, y numerosos nombres más, forman el grupo de chavales del que Enrique de Castro cuenta sus historias. Todo empezó aquel día en el que Enrique decidió abrir las puertas de su parroquia a personas y familias sin hogar, a partir de ese momento se convirtieron en su día a día. De Castro deja atrás largos años de lucha, de un lado a otro, los chavales y él, juntos, con altibajos, soledades y euforia. Apoyos e incomprensiones, escasos medios, en la frontera de la ley,

entre la vida y la muerte. “Buscando juntos no la “reinserción”, sino algo que tenga sentido”. (De Castro, (1986), p.215)

Primero llegaron los chavales con problemas, muchos problemas, drogas, enfrentamientos con la ley, falta de recursos, escasez de afecto y en total desamparo. Luego llegaron las madres que luchaban por sacar a sus hijos de las drogas, cuyo consuelo partía de la solidaridad, el apoyo y la incondicionalidad que Enrique les ofrecía. Más tarde llegaron los insumisos y los okupas y más recientemente los inmigrantes y los antisistema. Aunque la realidad haya ido cambiando a lo largo de las décadas, el espíritu de San Carlos de Borromeo no ha cambiado mucho.

Para los de antes y para los de ahora, el proceder de Castro es el mismo. Primero acoger sin condiciones, después esperar confiadamente en sus posibilidades, apoyar por todos los medios la reinserción social y laboral, la normalización de las relaciones familiares y con el entorno, defenderlos antes las injusticias burocráticas, dar confianza y tiempo. No puede faltar la disponibilidad y la acogida afectuosa en cualquier momento. Nunca fueron tratados como enfermos, drogadictos o delincuentes. La firmeza frente a su inestabilidad permanente. Ante la violencia Enrique desdramatizaba la situación creada y en otro momento con la tranquilidad se habla sobre lo sucedido. La espera prolongada, esperando a que ellos mismos sacaran a la luz sus “asuntos”. Y por último, la defensa a ultranza pero sin aceptar en casa nada que pudiera contribuir a su propia ruina (robos, droga...). (García Madrid, 2002).

El cariño gratuito, el afecto correspondido y el sentirse protegidos les arrastra a abandonar la situación de ruina en la que se encuentran (droga, delincuencia, cárcel y marginación). Estos ingredientes mágicos junto con el apoyo comunitario del grupo de convivencia inmediato, el de los antiguos colegas emancipados y afirmados personalmente, padres, familia, vecinos... proporcionan la fuerza y confianza para dar el paso.

6.17 EMPRENDIENDO INICIATIVAS

Una vez superado su pasado y topados ante la nueva realidad, las dificultades con las que se encuentran estas personas no son pocas. Suscitan desconfianza y su integración

laboral es una barrera difícil de superar. Por ello, optan por la creación de empleo propio y, muchas son las salidas y oportunidades a partir de este momento.

García Madrid (2002): Una encuadernación en los locales de la parroquia, un bar en el puente de Vallecas, asociación Traperos de Emaús con sede en el Pozo del Tío Raimundo, una frutería en Villaverde, un taller der costura que sucedió a la encuadernación y una granja para criar conejos en el pueblo de la Rioja, consiguiendo también motos y alguna furgoneta para que unos cuantos trabajaran de mensajeros. El tiempo de duración de estas actividades fue variando por diversos motivos, pero fueron rentables desde el punto de vista formativo, social y como experiencia para todos. Perduran después de catorce años, los Traperos por donde han pasado unos cien chicos y chicas, siendo ellos socios y gestores. Y una casa para la independencia de los antiguos, inicio de lucha en los nuevos. (p.241-242)

6.18 ACTUALIDAD EN SAN CARLOS

Año 2004, Enrique de Castro con sus setenta años de edad sucedió su condición de párroco a Javier Baeza, quién actualmente es considerado capellán mayor del ahora nombrado centro de pastoral San Carlos Borromeo de Entrevías.

El aspecto de la parroquia ha ido variando con los años, luciendo en sus muros dibujos hechos con espráis. Cambian los dibujos pero no la transgresión ni el simbolismo. Ahora predominan los cuadros, las espirales y algún asterisco como antes abundaban los animales y las palabras llenas de sentido, pero siempre ese muro ha dejado huella de que San Carlos Borromeo está implicado y esta con el barrio. En el exterior, ocupando la fachada lateral se puede leer en grandes palabras mayúsculas la palabra Libertad, cada letra ocupa el espacio de pared vacante entre ventana y ventana. En pequeño se pueden apreciar otras cinco palabras más que acompañan a esta: Acogida, Diversidad, Participación, Denuncia y Encuentro. En el interior, la pared principal luce un mural con un grafiti que dice “He venido a liberar a los presos”, grita un Jesús resucitado desnudo y de espaldas, con los brazos en cruz al lado de una mujer que abraza a una criatura. Las demás paredes son blancas, de una de ellas cuelga un Jesús crucificado, justo donde se encuentra una mesa de madera que hace de altar. Alrededor, están los bancos que

forman un semicírculo a modo de asamblea. Encima de esta sala hay otra, con una cocina y un comedor junto con una pequeña terraza para cuando llega el buen tiempo. Eso es todo, no hay nada más. El aspecto del centro pastoral San Carlos de Borromeo poco tiene que ver con el de una Iglesia, ni lo que allí se hace. Las puertas están abiertas siempre a todas las realidades, siendo los servicios que se ofrecen y actividades que en el templo se desarrollan tan variadas como la cantidad de personas que a diario pasan por allí.



7. CONCLUSIONES

La exclusión social es un fenómeno complejo que supone un grave riesgo para muchos colectivos de nuestra sociedad, la cual debe de ser abordada desde todos los frentes posibles, desde una concepción holística. A lo largo de la historia siempre ha habido grupos excluidos, pero a partir de los años 70 han ido sucediendo una serie de transformaciones sociales y económicas que han posicionado en una situación de vulnerabilidad y riesgo a muchos sectores de la sociedad. Enrique de Castro ha dedicado toda una vida a la lucha incesante contra las injusticias y la marginación.

La intervención social de Enrique de Castro se basa en el acercamiento a los demás, a los más necesitados, estando a su lado y enfrentándose día a día a situaciones complicadas que vayan apareciendo. Sin más preparación pedagógica que la que dicta el sentido común y la vivencia cotidiana con ellos. Así crea su propio mundo basado en las personas, unidas por vínculos de cariño, apoyo y confianza que aportan una infinita riqueza de valores humanos. Enrique nos transmite los pilares básicos en los que se

debe de construir una sociedad. Aquellos en los que se eliminan los intereses personales, para acercarnos a aquellas personas que se encuentran al margen de lo que dicta el poder institucional, sin mirar la profesionalización y el beneficio sino la libertad y la felicidad de las personas.

Desde la acogida en la parroquia y la decisión de vivir con los chavales comienza para Enrique una nueva vida y, junto a ella su descubrimiento de que la fe no podía reducirse a un conjunto de creencias y prácticas religiosas. La interpretación del Evangelio basado en las personas, totalmente desinstitucionalizado, así es como difunde de Castro su fe. La fe en el ser humano, en la lucha, en la utopía, en la vida, en ir creando un paraíso basado en la solidaridad y la justicia.

Enrique está en contra de toda opresión que aísla a la gente. Sus principios rechazan todo tipo de autoridad y control que provocan que perdamos nuestra identidad. Se opone a las instituciones represivas que tanto torturan a los chavales de la calle, al igual que reniega de la institución de la Iglesia. Institucionalizar es jerarquizar y esto conlleva el poder de unos sobre otros. La justicia de hoy en día vela por los intereses de los que están en el poder, en lugar de defender y proteger a las personas indefensas que están abajo. Vivimos en una sociedad que mantiene alejadas a las personas “problemáticas”, despreocupándose de ellas y más aun mercantilizando y beneficiándose de la pobreza y la exclusión.

Durante todo su proceder, De Castro hace y sigue haciendo una denuncia abierta y directa a todo tipo de instituciones. Para Enrique la institución es “el pecado de nuestra sociedad”. Todos tenemos que estar organizados de alguna manera, pero debemos evitar que esta organización se convierta en una institución de poder, puesto que si esto es así pierde todo el sentido por el que se creó. Esto es lo que ocurre con cualquier movimiento obrero de lucha que termina convirtiéndose en un sindicato que omite el ser testigo de aquella lucha, o bien con cualquier organización religiosa cuyo propósito inicial era llevar la cultura a los chavales del campo y hoy en día estas instituciones son privadas y están dando clase a los hijos de los ricos. Enrique apuesta por volver a empezar desde abajo, que la gente se organice y luche, pero para que luego no se institucionalice y vuelva a cambiar debemos de estar muy despiertos. El problema es la

institución misma que sirve a determinados intereses, sean quienes sean los que la represente.

Así mismo, Enrique se opone a todas aquellas soluciones institucionales que el propio sistema establece para “tratar” a chavales con problemas de exclusión. Todas esas instituciones tan solo sirven de tranquilizante de conciencia a una sociedad indiferente y despreocupada ante la marginación que ella misma crea. “Necesitan ayuda, sí, pero no paternalismos hipócritas. Y mucho menos que se les rehabilite socialmente o se les reinserte.” (De Castro, 1997). Sí, a todas aquellas que el Estado llama instituciones sociales, De Castro prefiere llamarlas instituciones represivas. Son muchos casos, reales y vividos, los que cuenta Enrique en sus libros; policías y jueces sin escrúpulos, insensibles cuanto no inhumanos e incompetentes, se ceban con quienes (a su entender) ya no tienen solución.

Enrique de Castro nos invita a confiar, y a luchar. Es el momento de recuperar la fe, de intentar movilizarnos en un abanico de reivindicaciones justas; sanidad pública, enseñanza igualitaria, viviendas contra los desahucios... Es importante que a la vez que luchemos nos organicemos en foros, en los pueblos, en los barrios... para recuperar nuestros valores más allá de ideologías dogmáticas. Es necesario reflexionar, interiorizar y recuperar la espiritualidad humana.

Poco era lo que conocía sobre Enrique de Castro, no más de lo que había oído en momentos puntuales. Tras la investigación realizada se abre ante mí una puerta que permanecía bajo mi ignorancia. A lo largo de este estudio he podido comprobar la importancia que tiene recuperar de la memoria histórica a personas tan significativas y referentes como es Enrique de Castro, ya no solo por valorar y reconocer su persona sino también por despertar las mentes y sacar a la luz el magnífico trabajo que han realizado. Como futura educadora social considero como tarea fundamental el reconocimiento de estas figuras, destacando su función como educador de calle, pudiéndose convertir en un punto de referencia para nosotros mismos.

Durante la trayectoria de esta investigación han sido muchas las interrogantes que han aparecido ante mí, pero hay algo que me ha quedado muy claro, la posibilidad de cambio está ahí, ante nuestros ojos, sólo es necesario buscarla y luchar. Enrique de

Castro se adentra en un submundo rodeado de personas con carencias de todo tipo, ofreciendo su ayuda incondicional a través del cariño, el apoyo y la confianza que las brinda sin esperar nada a cambio. Así, Enrique, crea su propio mundo basado en las personas, abandonando todo tipo de intereses personales y al margen de lo que dicta el poder institucional. Su historia de vida no deja indiferente a nadie ¿acaso no es admirable entregar toda una vida a las personas en busca de su bienestar y libertad?

Enrique de Castro nos muestra la llave para entrar a este mundo y quedarse en él, la “solidaridad”, palabra que muchos conocen y pocos practican. Critica la sociedad individualista en la que estamos envueltos apostando por el asociacionismo para crear un mundo más unido, más justo y más humano. Rechazando todo lo institucional que se beneficia del mal ajeno y descubriendo el simbolismo que trasmite el evangelio, basado en la persona no en la espiritualidad. Siempre respetando sus principios ante cualquier adversidad.

Admito que conocer la historia de Enrique de Castro ha despertado en mí nuevos intereses y aspiraciones, ya no sólo a nivel profesional sino como forma de vida. Admiro su labor y comienzo a replantearme nuevas posibilidades ante la situación actual de crisis social y de valores ante la que nos encontramos. Dejando a un lado el capitalismo que nos envuelve, creando nuevas redes de solidaridad y dando una oportunidad a aquellos jóvenes oprimidos y apartados de la sociedad. Encontrar algo que les motive y promover iniciativas autogestionables y autofinanciables; primeramente para que sean ellos mismos quienes planifiquen y pongan en marcha su proyecto, y seguidamente para que puedan experimentar las posibilidades de subsistencia con sus propios medios. Toda una realidad que les permita ser independientes y libres.

Y así cierro esta investigación, habiendo recopilado la memoria y huella de Enrique de Castro, quedando evidente su visión y espíritu crítico ante la realidad social que le ha tocado vivir, su compromiso de la lucha por la justicia social y su presencia al lado de los más débiles.

*“Buscando juntos no la “reinserción”, sino algo que tenga sentido”
(Enrique de Castro)*

8. LISTA DE REFERENCIAS

- De Castro, E (1986). *¿Hay que colgarlos?*. Madrid: Declée de Brouwer.
- De Castro, E. (1997). *Dios es ateo*. Madrid: Ediciones del Quilombo.
- Fernández Solís, D. y Castillo Sanz, A. (2010). *La educación de calle. Trabajo socioeducativo en medio abierto*. Bilbao: Descleé de Brouwer.
- Foro Católico (2007). *¿Cómo va a ser el cristianismo incompatible con la homosexualidad?: neo cura madrileño Enrique de Castro no teme a que lo excomulgen*. Recuperado de <https://forocatolico.wordpress.com/2013/05/12/como-va-a-ser-el-cristianismo-incompatible-con-la-homosexualidad-neo-cura-madrileno-enrique-de-castro-no-teme-que-lo-excomulguen/>
- García Madrid, A. (2002); Enrique de Castro: el cura del infierno del sur. (*Papeles salmantinos de la educación*), (1), 217-245. Recuperado de <http://summa.upsa.es/pdf.vm?id=0000030319&page=1&search=&lang=es>
- Hidalgo, S. (2007, 2 de abril). Rouco cierra la iglesia “roja” de Vallecas. *El País*. Recuperado de http://elpais.com/diario/2007/04/02/madrid/1175513054_850215.html
- López de Munain, E., Romeo, L. y Vázquez, V. (2012); Prácticas espaciales en el Pozo del Tío Raimundo (*Dialnet*), 4, 99-110. Recuperado de <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4974973>
- Martín González, M. (2006). Caminos a la comprensión: entrevista a Enrique de Castro. *Foro de Educación*, 4(7 y 8), 47-72. Recuperado de http://www.foroeducacion.com/numeros7_8/006.pdf

- Oña Cots, J.M. (2010). La educación de calle: un modelo de acompañamiento socioeducativo. En Oña Cots, J.M. (Ed), *Educación de calle y desarrollo comunitario: una experiencia educativa en contextos de exclusión*. (67-102). Madrid: Cáritas Española
- Sarrats, M. (2013). *Así en la tierra*. Barcelona: Lectio